

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Sector Seis

Micky Neilson

Parecía que los gritos no iban a cesar nunca.

Cualquier veterinario que se precie sabe que si se inyecta una aguja candente en el alimentador de plasma del guantelete de un murciélago de fuego en el ángulo correcto, el pobre ingenuo de su interior se achicharrará dentro de su traje cuando intente activar el lanzallamas perdición... Una lección que en esos momentos estaba siendo ilustrada por la pobre criatura que agitaba sus brazos y saltaba por el «suelo» fangoso de Beta Saul, lanzando alaridos de muerte a través de los altavoces de su ridículo traje naranja mientras los servomecanismos mantenían el exoesqueleto en pie.

El comandante Dorian mentiría si dijese que no había disfrutado escuchando a esa escoria pirata aullar y gemir como una escaleta al espeto.

Finalmente, los aullidos cesaron y el traje dejó de intentar mantener a su ocupante en posición vertical. El exoesqueleto se inclinó hacia delante, dispersándose y desapareciendo en la densa niebla.

El «aire» de Beta Saul, desde el suelo a la exosfera, era un cóctel nocivo de gases letales condensados que se traducían en visibilidad cero aproximadamente a un metro de la superficie. Esta superficie era un denso lodazal atravesado aquí y allá por extrañas proyecciones de raíces de ciprés, algunas solo de dos metros de altura, y otras como el doble de un hombre de estatura media.

Lo único que aún se podía ver del murciélago de fuego eran los tanques que sobresalían de la espalda del traje. En algún lugar de la ciénaga circundante yacían tres cuerpos más, uno de ellos con un exoesqueleto de agujas tan obsoleto que hacía que el traje CMC que llevaba Dorian pareciera tecnología de vanguardia. Los otros dos iban ataviados con un batiburrillo de equipo protector que en ningún caso era merecedor del nombre «armadura». La nave de evacuación que había soltado a este escuadrón suicida había desaparecido en el mutante cielo de bilis.

—¿Volvemos?

La voz de Spanneti sonó a través de los altavoces externos. Dorian cambió la posición de sus botas en el lodo para poder vislumbrar el rostro de su subordinado a través de la placa frontal. Él y Spanneti eran los dos únicos que se habían escindido del Escuadrón Brutal. Spanneti había recibido un impacto en la parte superior derecha del brazo, con suerte nada que su médico, Zimmerman, no pudiera solucionar, y el exoesqueleto de Dorian se había abrasado cuando aquel simio con una antorcha le había prendido fuego,

provocándolo... Aunque fue Dorian el que dijo la última palabra... Algo así como que le gustaba la carne churruscada.

—Sí, vamos...

La voz estática de la sargento de segunda Bekkins irrumpió a través de la frecuencia encriptada del escuadrón.

—Señor, aquí Bek. La entrega era un señuelo. Vienen a por el paquete.

Su voz transmitía sosiego y corrección, al menos para lo que ella era. Dorian una vez la había llamado «imperturbable». Spanneti asintió, afirmando que él había intentado perturbarla muchas veces, pero ella se había negado.

—¡En marcha! —le gritó Dorian a Spanneti. Los servomecanismos se sacudieron cuando los dos hombres comenzaron a pisotear el fango en dirección al templo Xel'Naga, una especie de estructura piramidal que emergía a través de la pútrida bruma.

Entonces, otra voz sonó en el oído de Dorian.

—Escuadrón Brutal, aquí el puesto de mando. Informe de estado. Cambio.

Como era habitual, el puesto de mando era inútil. Explicar lo que estaba haciendo llevaría a Dorian mucho más tiempo que el hacerlo, sencillamente.

—El estado es «ocupado». ¿Por qué no me dices *tú a mí* tu posición y el tiempo estimado de llegada?

Se oyó un bufido proveniente del otro lado.

—El tiempo estimado de llegada son diez minutos. Cambio.

El oficial de comunicaciones parecía irritado.

Incluso con el aumento de blindaje CMC, Dorian y Spanneti necesitarían, como mínimo, un minuto para cubrir la distancia. Haber traído aquí a los dos —y solo a los dos— había sido una apuesta arriesgada, pero a Dorian le gustaba apostar a los dados. Al fin y al cabo, hacer las cosas según el manual era de novatos. Los «expertos» que escribieron el libro nunca habían visto la acción a través del cañón de un fusil de asalto AGR-14.

A veces basta con usar el sentido común. Justo después de oír los informes de contacto enemigo, Dorian había sospechado un engaño. ¿Por qué si no iba la nave de evacuación a sobrevolar directamente la posición de vigilancia de Spanneti? El piloto quería ser visto, para distraer la atención del objetivo de los piratas: la reliquia.

Siempre era por una reliquia. O un artefacto. O algún objeto con un nombre impronunciable y una finalidad que nadie podía adivinar.

La reliquia no era una excepción. Era vieja, muy vieja, y eso era todo lo que Dorian sabía. La información sobre las operaciones de la compañía se divulgaba solo si era necesario. «La Dirección», también conocida como la Fundación Moebius, estaba especializada, entre otras cosas, en investigación arqueológica de civilizaciones alienígenas extinguidas. No siempre había sido así para el Escuadrón Brutal. Su jefe era Arcturus Mengsk, y el equipo estaba formado al cien por cien por marines del Dominio. Pero después de unos cuantos apretones de manos y reuniones secretas, el Escuadrón Brutal fue transferido a Organización Moebius, el brazo militar de la Fundación.

Así pues... la Fundación Moebius dictaba las órdenes. Cuando los exploradores de avanzada localizaron este templo extraño que pertenecía a una raza milenaria conocida como Xel'Naga, enviaron al Escuadrón Brutal a buscar y recuperar la reliquia de su interior. Así de sencillo. Al fin y al cabo, los exploradores habían informado de que el planeta no estaba habitado y el templo estaba abandonado... Y así era, hasta que el «Club de los jugadores» (los grupos de piratas tenían un talento especial para elegir los nombres más absurdos) apareció.

La estructura alienígena se amplió para completar el campo de visión de Dorian mientras él y Spanneti se acercaban a la entrada sur. Oyeron disparos, y después un intenso bombardeo seguido de tres explosiones. O Dorian estaba muy equivocado, o la artillería pesada era obra del especialista Cranston, su merodeador: un profesional fuertemente armado que lanzaba granadas castigadoras como un soldado de permiso soltando dólares en un club de *striptease*.

Cuando rodearon la base del templo, Dorian vio la nave de evacuación del Escuadrón Brutal justo donde la habían dejado, a varios metros de la entrada de la estructura, a un lado. También había otra nave, un viejo carguero. Dorian tenía que admitir que los «Jugadores» no eran completos idiotas; habían colocado el carguero en ángulo opuesto a la nave de evacuación de Moebius y usaban su armamento de abordaje, además de fuego de cobertura desde detrás de la nave, para mantener al equipo de Dorian sitiado en la entrada del templo. Muy propio de «Zeus». (Zeus era el nombre que había elegido el pedante líder de los piratas). El Escuadrón Brutal y Zeus ya se habían encontrado alguna vez en el pasado. Por desgracia, los piratas siempre se habían salido con la suya... normalmente a costa de la vida de varios jugadores. Pero, de algún modo, siempre se las había ingeniado para reclutar a más.

Claramente, en esta ocasión los piratas esperaban alejar a la mayoría de las fuerzas de Dorian. Al fin y al cabo, ¿qué tipo de líder de escuadrón habría destinado solo a dos soldados a enfrentarse a una nave de evacuación llena de enemigos?

Dorian sonrió tras su visor. Un líder de escuadrón que fuera un paso por delante, por supuesto.

Y ahora él estaba unos cuantos pasos por detrás... por detrás de la posición de cobertura de los piratas en la nave de evacuación de Moebius.

Con una señal, Dorian hizo que Spanneti se detuviera. Los dos hombres elevaron sus armas y las vaciaron sobre los piratas, acribillando a los tres pobres ingenuos que se agrupaban cerca de la nave de evacuación y, sí, de paso haciendo unos cuantos agujeros en el casco exterior y en los soportes de la nave.

Dorian, Spanneti, Bekkins y Cranston, todos abriendo fuego sobre el carguero. Incluso el soldado Hopper, el miembro más joven y menos propenso al riesgo del escuadrón, disparaba a cubierto. La armadura del carguero no aguantaría mucho, y el piloto lo sabía. El líquido del motor salpicó a Dorian y pintó de verdes brochazos el aire. Dorian observó cómo el transporte se elevaba, cabeceaba y finalmente zarpaba como un fantasma adentrándose en la oscura bruma.

Spanneti fue a ver cómo estaban los demás. Zimmerman estaba con ellos, lista para proporcionarles asistencia médica si era necesario.

—Puesto de mando —dijo Dorian tras activar la frecuencia encriptada—, parece que el grupo está liquidado. —Caminó hacia la nave de evacuación del escuadrón sin dejar de observar a los dos cadáveres—. Vamos a...

«¿Dos cuerpos?».

Tenía haber tres. Uno de ellos llevaba blindaje CMC. Debe de haber sobrevivido.

Una voz fornida irrumpió en frecuencia abierta. —Me has dado, Comandante. Pero no lo bastante como para dejarme fuera de combate. Tú eres el que debería estar muerto. Tú y tus soldados de juguete. Pero no has seguido el protocolo, ¿verdad? No como los demás robots del Dominio habrían hecho... Lo recordaré. Para la próxima vez.

Esa voz pertenecía a Zeus. Él era el del blindaje CMC. Dorian podía haber acabado con él, había tenido al pirata orinándose encima, a su merced... Y ahora se escapaba. Otra vez.

«Y una mierda». Teniendo en cuenta el escenario, solo había una dirección en la que Zeus podía haber huido sin ser visto.

—Puesto de mando, aquí el líder de escuadrón. En persecución del principal sospechoso, Zeus. Repito...

—Negativo, líder de escuadrón. Si el paquete está asegurado, la extracción es la única prioridad. Cambio.

Dorian podía haber usado su clásica broma «¿Qué...? ¡Esto se corta!»; pero después de las primeras veces, los superiores ya lo habían pillado. Esta vez ni se molestó; simplemente prefirió no responder.

Spanneti hizo un gesto para preguntar a Dorian si necesitaba refuerzos. El Comandante gesticuló en contra. No tenía sentido que reprendieran a *todos* por desobedecer las órdenes.

Tras girar una esquina de la pirámide, Dorian vio la silueta de Zeus en pie en campo abierto con el arma levantada. Zeus disparó. Dorian disparó. Las espinas pasaron volando por el aire justo a la izquierda del Comandante, muy cerca. La descarga de Dorian dejó un recuerdo imborrable en el brazo izquierdo, el hombro y el filo del casco del exoesqueleto del pirata; justo entonces, una inmensa forma apareció en el cielo, emitiendo pútridas columnas de humo en su descenso. El carguero bloqueó la línea de tiro de Dorian, mientras que Zeus, ahora fuera de alcance, sin duda subía a la nave.

La descarga de Dorian continuó, pero las espinas rebotaron en el robusto blindaje de la bestia y la nave se elevó y desapareció entre la confusión.

* * *

Varias horas más tarde, el comandante Dorian miraba por la ventana de observación de un transportador planetario. Asteroides, algunos del tamaño de aeromotos buitres y otros de cruceros de batalla, aparecían y desaparecían, y en muchas ocasiones silbaban a una distancia en absoluto prudencial.

El ordenador de a bordo de la nave había sido programado con un plan de vuelo específico para navegar por el cinturón, llamado Revanscar. Un error de un metro podría comprometer la integridad de la navegación, un bello eufemismo para indicar que la nave se haría pedazos contra una de estas rocas espaciales y todos sus ocupantes, incluido el Escuadrón Brutal, irían directos al campo de asteroides... un campo compuesto por los restos del planeta Revan.

Ahora que lo había pensado, no podía sacarse esa imagen de la cabeza: Dorian y los miembros de su equipo flotando en medio de restos desperdigados con una esperanza de vida de apenas noventa segundos en el vacío... o menos, si eran pulverizados por un proyectil de piedra que viaja a veinticinco kilómetros por segundo. Y la valiosa carga, la losa por la que habían arriesgado su vida, ¿cuánto duraría? Quizás más que cualquiera de ellos. Al fin y al cabo, había sobrevivido hasta ahora. Quizás encontraría un hogar permanente en el frío y silencioso vacío.

El piloto anunció que llegarían a la instalación de la Fundación Moebius en breve. Un rápido vistazo por la ventana sirvió para verificar que se acercaban a una inmensa roca que funcionaba como base de operaciones de Organización Moebius. Al acercarse, el Comandante pudo disfrutar de una mejor vista de la instalación, que dominaba casi la mitad de la masa terrestre. La base estaba compuesta de estructuras de neoacero lisas y desperdigadas que se extendían desde un núcleo central como los dedos de una inmensa mano.

La nave pasó de largo varias torretas y fue conducida hacia el puerto estelar, preparándose para el aterrizaje. Dorian estaba deseando deshacerse de la carga para ir a ver al comandante Braxton y recibir el siguiente encargo para su equipo. Fuera lo que fuera.

* * *

—Olvídate de Braxton —dijo el teniente coronel Sparks con brusquedad. Sparks, como Dorian estaba descubriendo, decía todo con brusquedad. Al igual que todos los oficiales al mando con los que había servido. —Ahora me informas a mí.

Dorian ya lo odiaba. El motivo por el que todos esos soldados de despacho recurrían a la condescendencia y la falta de respeto para demostrar su superioridad escapaba a su entendimiento.

—Claro, el Comandante habló en tu favor, elogiando tu historial operativo. ¿Sabes lo que yo pienso? ¡Creo que estaba deseando librarse de ti! Convertirte en el problema de otro. Sospecho que esa puede ser la misma razón por la que Arcturus te entregó a Moebius antes de echar el cierre, para soltar lastre. Si consideramos el índice de éxito, sí, eres una superestrella. A juzgar por las acciones disciplinarias, eres escoria inútil.

La mesa del Teniente Coronel estaba impecable, igual que el resto del despacho. Dorian supuso que si pasaba el dedo sobre cualquiera de las condecoraciones del muro de Sparks no sacaría ni una mota de polvo. Los únicos dos objetos sobre su mesa eran un holoprojector y un mando fino y estrecho, e incluso estos habían sido colocados *exactamente de ese modo*.

—Bueno, ¿sabes qué? —continuó el viejo pajarraco, graznando tras la mesa mientras Dorian escuchaba impertérrito—. Ahora eres un grano en mi culo. ¡Y no me *gustan* los granos en el culo, Comandante!

«Ese fino mando, con su extremo ligeramente puntiagudo, sería un arma punzante excelente», pensó Dorian. Era lo bastante largo como para alcanzar el cerebro del Teniente Coronel si se lo clavaba en el lagrimal.

Dorian disfrutó con la imagen de Sparks convulsionándose en el suelo, agarrado al mando incrustado, sangrando, escupiendo y salpicando sus últimos segundos de vida por aquellos impolutos paneles.

—¿Bien? —ladró Sparks.

—¿Señor? —respondió Dorian. No se había dado cuenta de cuánto había desconectado de lo que decía aquel viejo simio. Es cierto que fantaseaba con estrangular a gente de vez en cuando, pero normalmente no con tanto *detalle*.

—Te he preguntado si tienes alguna idea inteligente para evitar que entregue un inútil saco de huesos como tú a otro capullo con mala suerte. Obviamente la respuesta es no. Y el motivo, mi ignorante amigo, es porque estoy corto de personal. Así que, ¿sabes lo que vais a hacer tú y tu equipo de superestrellas?

—Ni idea, señor.

Sparks dejó de andar de un lado para otro, colocó una mano en la cadera y con la otra señaló a Dorian, enfrentándose a este con gesto desafiante.

—Vais a hacer maniobras de seguridad. Aquí, en la base. Sector 6. División de Investigación Avanzada.

¿Maniobras de seguridad? ¿Hablaba en serio? ¿Cuidar de ratas de laboratorio y de toda su basura experimental? Protegerlos a ellos y a sus proyectos, ¿de quién? ¿O de qué? Nada podía atravesar ese campo de asteroides.

—¿Acaso no te resulta emocionante? ¿Acaso no te hace feliz? Supongo que no te sorprenderá saber que no me importa una mierda. Puedes apostar tu penoso cuello a que ese viejo Braxton, sea cual sea la misión supersecreta en la que esté metido, se está partiendo el culo de risa ahora mismo.

Dorian no lo dudó ni un instante.

* * *

—¿Pero qué mierda es esta? —Spanneti estaba cabreado, agitaba las manos en el aire y tenía el rostro enrojecido.

—¡Eso no es lo que hacemos!

Spanneti tenía suerte de *poder* agitar los brazos. Zimmerman había hecho un buen trabajo con su extremidad herida. Por supuesto, había curado heridas mucho peores al equipo a lo largo de los años.

El soldado Hopper se inclinó, apoyando los codos en las rodillas.

—Esto no me gusta nada. Algo pasa. Hay algo que no nos cuentan. —Dorian solía acusar a Hopper de asustarse con su propia sombra—. Es mala señal —continuó—. Nos van a echar a patadas del cuerpo.

Hopper lanzó una mirada penetrante hacia Dorian. El chico no se atrevía a decirlo; de hecho, nadie lo ha dicho aún, pero...

—¿Es porque fuiste a por ese pirata, Zeus, verdad?

Zimmerman no tenía miedo a decirlo. De brazos cruzados, se apoyaba contra una pared, clavando en Dorian una mirada francamente desaprobadora. Todos sabían que Dorian tenía especial facilidad para... tocarle las narices al alto mando. Incluso desde los días del Dominio. El remordimiento y la culpa compungieron el pecho del comandante. Su cabeza palpitaba con fuerza. Aquella iba a ser la madre de todas las jaquecas

—No es ningún secreto que Braxton me la tenía jurada —respondió Dorian—. Casi desde el principio. Y sí, quizás esto sea una especie de venganza. Pero si de algo estoy seguro, chicos —Dorian señaló a todos con el dedo —, es de que sois los mejores en lo que hacéis.

Miró a todos los miembros que se encontraban sentados en la mesa de la sala de descanso. Zimmerman parecía un tanto escéptica; Spanneti, asentía; Hopper se agitaba inquieto; Cranston —al que habían lavado el cerebro, o «resocializado neuralmente»— lo miró con los ojos como platos y una ligera sonrisa emergió en sus labios; y Bekkins... bueno, era Bekkins. Insondable, como siempre. Se estaba masajeando la sien con un dedo, lo cual hizo que Dorian se plantease si ella no tendría también una jaqueca. Además... un leve brillo se percibía en sus brazos desnudos y en la parte superior del pecho. Dorian y el resto del escuadrón llevaban camiseta y pantalón corto, pero a pesar de eso parecía hacer más calor en la sala de lo habitual. Dorian sintió cómo una gota de sudor descendía por su sien.

—Zimmerman —continuó Dorian—, ayudarás al personal médico del Sector 6 durante esta misión. Los demás, como he dicho, maniobras de seguridad e informes de estado. Acabemos con esto cuanto antes. Cuando Sparks se haya divertido, volveremos a entrar en acción y a hartarnos de repartir cera.

No tenía ni idea de si sería cierto, pero le parecía lo mejor que podía decir en ese momento. Spanneti habló. —Nos salvaste el culo en Braxis... nos llevaste a la victoria en Korhal, Estación Ghobi, Pantera Prime... Diablos, si no podemos confiar en ti a estas alturas, más vale que hagamos las maletas. —Uno a uno los demás asintieron, incluso Zimmerman, aunque la última.

Dorian sonrió. Era agradable saber que su equipo confiaba en él, independientemente de lo que pensara el mando. —Eso es lo que me gusta oír, Escuadrón Brutal.

El Comandante puso fin a la reunión cuando notó que su cabeza estaba a punto de explotar.

* * *

Las primeras cuarenta y ocho horas fueron un aburrimiento. A Dorian le había costado mucho conseguir una respuesta directa de Sparks sobre cuánto tiempo duraría la misión. El Comandante esperaba un servicio de seis meses, que era más o menos lo normal, pero en la Organización Moebius no había garantías de nada.

Su fiebre y sus jaquecas eran habituales, pero no tenía síntomas de gripe o similares, así que Dorian hizo caso omiso, como si fuera un leve contratiempo. Los demás también lo sufrían, pero no afectaba a su trabajo, así que no le dieron importancia.

Lo más extraño era lo que lo había despertado la noche anterior: un chillido muy agudo, distinto a cualquier cosa que hubiera escuchado antes. Lo más parecido que se le ocurría era aquel largo pitido que emitía el equipo del hospital cuando un paciente sufría un paro cardíaco. Lo había sacado de su sueño, pero había cesado pocos segundos después.

Cuando echó un vistazo por la puerta, no había nadie en la sala, ni en el pasillo del barracón de oficiales. Lo atribuyó a algún sueño extraño que no podía recordar, pero ahora, ante la puerta cuatro del Sector 6, ya no estaba tan seguro. No podía sacarse aquel sonido de la cabeza, y juraría que había continuado brevemente cuando ya estaba despierto.

Dorian deseó con todas sus fuerzas que pusieran el aire acondicionado. No ayudaba mucho llevar puesto el equipo táctico. Tenía blindaje básico, pero si llevara el traje CMC completo, al menos podía controlar la temperatura del traje. Echó un vistazo a la hora en el dispositivo integrado en su casco, y se estremeció al pensar en lo que le depararían las próximas dos horas.

Y entonces comenzaron los chillidos.

Los gritos no eran como el lamento de su sueño, si es que eso es lo que había sido. Estos eran humanos, el tipo de grito desgarrador emitido por alguien que está a punto de morir o que *creía* sin lugar a dudas que iba a hacerlo. Dorian había oído gritos así antes, normalmente sofocados por los disparos.

¡Bum! ¡Bum!

Y ahí estaban los disparos.

Dorian ya estaba en marcha. Deslizó su placa por el escáner para acceder a la entrada, y entró con la culata del fusil de asalto pegada al hombro, oscilando de izquierda a derecha, cuando la puerta se abrió. Despejó el pasillo con rapidez y siguió avanzando.

Una técnico de laboratorio salió corriendo de una sala al final del vestíbulo, con la boca abierta, los ojos como platos de miedo y resbalando sobre los paneles del suelo en su huía despavorida.

Un alarido siguió a la salida del técnico. Luego, un disparo. Y el silencio.

Dorian despejó la esquina. Un hombre de pelo gris con una bata de laboratorio blanca estaba junto a un banco de trabajo y observaba el cuerpo inerte de otro técnico que yacía boca abajo en el suelo y cuya sangre se vertía sobre el metal pulido. El hombre contemplaba a la víctima con expresión vacía, sin sentimientos, y sostenía una especie de arma compacta que Dorian nunca había visto.

El Comandante avanzó, esperando que el técnico lo viera y alzara su arma para poder descerrajarle dos disparos, uno en el pecho y otro en la cabeza, pero ese momento nunca llegó. Cuando Dorian se acercó, el hombre elevó la mirada y un extraño destello iluminó sus ojos, algo que podría haber sido... reconocimiento. Entonces, el desgraciado sonrió y dijo...

—Su sombra... se alarga.

Dorian golpeó a aquel pirado esquizoide con la culata del fusil en la mandíbula por toda respuesta. El hombre soltó el arma y se derrumbó sobre un banco de trabajo, esparciendo equipo por todas partes. Quedó inerte en el suelo. Sonó una alarma de fondo.

* * *

—El arma era un fusil de plasma experimental —dijo Sparks. Estaba tras la mesa de su despacho con los brazos en jarras—. La robó de otro sector de la base.

Dorian se mantuvo en posición de descanso, con el ceño fruncido. —Y la trajo al Sector 6. Para disparar a gente... al azar, por lo que parece. Quisiera saber por qué.

Se había tomado unas pastillas para la migraña que no habían mitigado en absoluto el dolor que sentía. Gusanos... Sentía como gusanos agujereándole el cerebro... Era peor que ningún otro dolor de cabeza que hubiera padecido antes. Quizás ayudaría que no hiciera tanto *calor* en el despacho.

—Bueno, a partir de ahora parece un trabajo para los investigadores —replicó el Teniente Coronel—, y tú no eres investigador. —Sparks se inclinó sobre la mesa, con las manos separadas como diciendo «Esta mesa es mía». —Eres un segurata. Un agente de seguridad que permitió que dos hombres murieran durante su guardia.

—Quizás podría haberse evitado —replicó Dorian— si alguno de los miembros de mi equipo pudiera hacer guardia *dentro* del sector.

—Os quedaréis donde os ordenemos —respondió Sparks.

—Lo que volvió loco a ese viejo... ¿podría ser lo que fuera en que estuviera trabajando? ¿Existe riesgo de otro incidente?

Sparks dictaminó que todos los oficiales del Sector 6 llevaran armas de fuego a partir de ese momento. Entonces continuó con una serie de estupideces sobre autorizaciones de seguridad y protocolos y toda la parafernalia «confidencial» de toda la vida. Era cierto: el Sector 6 estaba más que clasificado. Nadie sabía

lo que se hacía en los recovecos más profundos de la instalación, aunque corrían rumores de experimentos en xenobiología.

Mientras el Teniente Coronel seguía parlotando, una imagen de Sparks apareció en la mente de Dorian, por sorpresa y sin invitación; exactamente en la misma posición en la que estaba, pero despellejado. Dorian lo imaginó con todo detalle, sin ropas ni cabello, solo músculos animados, tendones, venas... Sparks retiró las manos de la mesa, y en la imaginación de Dorian dejó dos huellas sanguinolentas en la madera.

Dorian cerró los ojos y contó hasta tres. Los volvió a abrir y vio la cara de Sparks triturada, como si fuera una repugnante papilla que acabase de regurgitar.

—Quizás tengas que ver a un médico —dijo el Teniente Coronel, lanzando el comentario de forma acusadora—. Tienes un aspecto horrible.

* * *

Dorian estaba de vuelta en su habitación intentando descansar cuando la cabeza robótica holográfica de una ayudante apareció sobre su mesa afirmando que la sargento de segunda Bekkins había solicitado hablar con él en sus aposentos.

La habitación de Bekkins en los barracones de reclutas era una nevera. Le recordó a Dorian la temperatura de su propio alojamiento, que junto con los analgésicos, había aliviado sus dolores de cabeza lo suficiente como para poder funcionar. Cuando Bekkins respondió a la puerta, estaba pálida y sudorosa, con una camiseta y un pantalón corto, a pesar del gélido frío. Retrocedió y se sentó en su litera; Dorian se sentó al otro lado, en una silla pequeña.

—Algo no va bien —comenzó. Inclino los hombros hacia delante y se rascó el brazo izquierdo—. No sé lo que está pasando, pero... he visto cosas raras por el rabillo del ojo. Movimiento, sombras, cosas que no encajan. —Ella lo miró, y por primera vez Dorian observó que cierta emoción trascendía en sus rasgos. Fue sutil, pero ahí estaba.

Miedo.

—Se me pone la piel de gallina. Y también oigo cosas —dijo—. Cosas detrás de los muros. Arañazos. A veces... gritos. Gritos largos e interminables, y ni idea de dónde provienen. Llevo tiempo sin dormir, pero es casi peor cuando duermo... porque sueño. Las cosas que hago en mis sueños...

Dorian esperó para responder. Pudo adivinar que ella quería hablar de ello.

—Y no soy solo yo —continuó—. Los otros también lo tienen, pero no tan intenso. Excepto, quizás, Cranston... Es imposible saberlo debido a sus lobotomías. ¿Cuántas veces lo borraron?

Dorian se encogió de hombros. Corrían rumores de que la primera resocialización neural de Cranston no funcionó y fue necesario repetir el proceso. Decían que la operación tuvo que hacerse varias veces, lo cual

provocó un daño cerebral permanente. Pero nadie del equipo conocía toda la verdad, ni siquiera Dorian. Lo único que sabía el Comandante era que Cranston era un soldado eficaz.

—Todo comenzó cuando nos hicimos con esa cosa en Beta Saul —continuó Bekkins—. Yo fui la única que lo vio, lo recogí, lo transporté... Me dio escalofríos. Aún lo hace.

—¿Te examinó un médico? —preguntó Dorian.

Bekkins negó con la cabeza.

—Aún no. Hay algo en esto... que no quiero que el mando sepa. No quiero que me apliquen una carga psíquica.

—Bien —dijo Dorian. Eligió su respuesta con cuidado—. Yo también he estado algo... desconectado. Quiero que te examinen, sobre todo los síntomas físicos. E igual con el resto del equipo. Quizás... quizás nos contagiamos con algo allí... Incluso con los trajes puestos. No lo sé. O en el camino de vuelta. Tal vez los médicos puedan aclararlo.

La mesa que estaba junto al Comandante emitió un pitido. El holoprojector mostró la cabeza de una ayudante. —Sargento de segunda Bekkins, llamada del soldado Hopper —anunció.

—Acepto —respondió Bekkins.

La voz de Hopper salió de la base del proyector.

—Sargento de segunda, aquí Hopper. ¿Has visto a Spanneti?

—Creía que estaba en maniobras de vigilancia —respondió Bekkins lanzando una mirada inquisidora a Dorian. Dorian asintió en gesto afirmativo.

—Sí, soy su apoyo —dijo Hopper— pero cuando llegué ya se había ido. No es muy propio de él abandonar su puesto, ¿sabes? Me preocupa...

Hopper siempre se preocupaba. A Dorian le preocupaba que, en este caso, no obstante, la preocupación de Hopper estuviera justificada.

* * *

Cuando Dorian llegó, Hopper caminaba nervioso delante del almacén B, donde se suponía que tenía que relevar a Spanneti. El almacén B también era donde se guardaba la reliquia que habían extraído de Beta Saul.

—¿Lo has encontrado? —preguntó el chico, secándose el sudor de la frente.

Dorian se detuvo y observó la puerta, pensando que lo que había tras ella lo había dejado temporalmente fascinado... hipnotizado.

—No —respondió. Y sin detenerse a pensar sus acciones, se acercó a la puerta y deslizó la placa que llevaba colgada de la manga por el lector.

—Eh, se supone que no puedes entrar ahí —dijo Hopper.

—Lo sé —replicó Dorian mientras la puerta se abría.

Entró, y la puerta se cerró tras él. Era una habitación vacía de tamaño medio, inundada de una luz blanca brillante que entraba por la parte superior. En el centro del lugar había una tarima, y sobre ella, flotaba la reliquia. Era un objeto sencillo: una losa negra y rectangular, la mitad de alta que Dorian, cuyos bordes se combaban ligeramente hacia el interior en su parte intermedia lo bastante como para parecer... algo antinatural. Aunque no había mucho que ver, la verdad.

Spanneti estaba a un metro de ella, observando.

No advirtió la Dorian. Spanneti se mantuvo quieto, con la cabeza inclinada y los brazos caídos a los costados, con la mirada en blanco como si estuviera perdido en una especie de profunda hipnosis. Su rostro lánguido, al igual que su postura, recordó a Dorian cómo el técnico de laboratorio demente se inclinaba sobre su víctima.

—Spanneti—llamó Dorian.

No hubo respuesta.

—¡Spanneti! —esta vez su voz retumbó en las paredes.

El soldado parpadeó, levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—Oh —se sorprendió—. Hola, señor.

—Hopper te relevó hace quince minutos.

—Supongo que perdí la noción del tiempo —dijo Spanneti. Sus ojos seguían perdidos, como si estuviera sonámbulo.

Dorian miró la reliquia. Había algo en ella, algo insondable, algo en su piel de ónice que remitía a los inmensos vacíos entre las estrellas. Con gran esfuerzo, Dorian retiró la mirada del objeto.

—Se supone que no puedes entrar aquí —dijo al joven.

—Sí, señor, sí. Yo... ¿estoy en un lío?

Dorian se giró y deslizó su placa.

—No —respondió—, pero te voy a llevar al servicio médico.

* * *

Al Escuadrón Brutal le prescribieron medicina contra la gripe. Dorian sospechaba que la mayoría —si no todos—sabían que estaban infectados con algo mucho más maligno que la gripe.

Quería hablar con el técnico de laboratorio demente, al que retenían en alguna parte de la celda de aislamiento del Sector 6. Como era de esperar, el teniente coronel Sparks se negó a proporcionarle acceso a aquel hombre. Dorian tenía talento para superar ese tipo de obstáculos, pero esta vez iba a necesitar un cómplice. Alguien de dentro.

Le llevó solo quince minutos convencer a la teniente Zimmerman de que sus motivos estaban justificados. Zimmerman era una de los jefes médicos del Sector 6, y como tal, disfrutaba de autorización de seguridad de mayor nivel que Dorian. También era la doctora de atención primaria del profesor Benz, que resultó ser el nombre del técnico de laboratorio chiflado.

Zimmerman había oído y visto cosas que escapaban a su control y la tenían en un permanente estado de confusión. Había contraatacado con un régimen de tratamientos autoadministrados, un cóctel de su propia confección que redujo los «síntomas» aunque también la volvió muy perezosa. Había administrado una variante del mismo mejunje a Benz. El estado del profesor, comunicó, era «extremo». No dio más detalles, más que decir que aunque no había podido diagnosticar la causa de la dolencia, creía que había tenido algo que ver con la reliquia y, posiblemente, con los experimentos de xeno-vida que se desarrollaban en las cámaras más profundas del Sector 6, un área llamada «Ala Negra».

Dorian quería saber de dónde sacaba esa información. En lo referente a la reliquia, Zimmerman había averiguado que el profesor Benz había sido el técnico principal del análisis. Según los datos que había obtenido sobre él, el viejo nunca había mostrado signos de hostilidad antes de que se le asignara la investigación. El resto de la información provenía de un «amigo» que Zimmerman había hecho en la cantina, un trabajador de seguridad que, al parecer, tenía debilidad por ella. Su trabajo era observar las imágenes de las cámaras de vigilancia de todo el Sector 6. En el Ala Negra, según había compartido el trabajador, *no había* imágenes de cámara.

Aunque Zimmerman no creía que su admirador estuviera «afectado», lo cierto es que este mostró signos de leve paranoia. La médico, no obstante, no consideraba sus sospechas fundadas. Sus superiores la vigilaban de cerca y la habían sometido dos veces evaluaciones psiquiátricas que tenía que superar de forma obligatoria para poder seguir trabajando. Su pretendiente también las había pasado, y los dos creían que las evaluaciones eran requisito para el personal clave del Sector 6. En cuanto a sus superiores, todos los oficiales de alto rango habían comenzado a llevar un dispositivo en el oído. Zimmerman no estaba segura de lo que era exactamente, pero había oído que la gente lo llamaba «pantalla psi».

La médico expresó su reticencia a cooperar con el plan de Dorian. Últimamente, no obstante, creía que el riesgo de no hacer nada superaba con creces las posibles repercusiones por hacer algo. Y estaba claro que algo andaba mal, muy, muy mal... Y ya iba siendo hora de encontrar respuestas.

* * *

No había cámaras en el interior de la celda de Benz, y nadie podía ver directamente su interior. Había cámaras en el exterior y en el Ala Iso, y en los pasillos del Sector Seis. Como preparación previa, Zimmerman había comentado a Watkins, así se llamaba su pretendiente de la cantina, que ella escoltaría a un especialista foráneo a la celda de Benz para realizar un diagnóstico más exhaustivo. Por suerte, debido a su interés por ella, Zimmerman sabía cuándo Watkins estaba «disponible», y por consiguiente, cuándo estaría de servicio.

Así, tanto la doctora como Dorian sabían que Watkins probablemente los observaba mientras avanzaban por un laberinto de pasillos por los pasadizos del Sector Seis al Ala Iso. Aunque nunca habían llegado tan lejos dentro del sector, Dorian sentía que su laberinto solo se hacía cada vez más profundo, que algo más se ocultaba en el corazón más oscuro de la instalación, esperando como una araña saciada en el centro de su tela.

La mayoría de técnicos no levantaban la vista de sus puestos, y las pocas personas que pasaban por los pasillos no parecían prestar atención a Zimmerman y al hombre que la acompañaba con una bata blanca. Sin embargo, la doctora tenía los nervios a flor de piel, y le dijo sin rodeos a Dorian lo ansiosa que estaba por su pequeña huida. A pesar de sus nervios, ella tenía mejor aspecto que Bekkins. Zimmerman había ofrecido unas dosis de su mejunje especial; Dorian se quedó un poco y les entregó viales a los demás. El comandante tuvo que admitir que su atronador dolor de cabeza se había atenuado hasta representar una simple incomodidad constante.

Finalmente, llegaron a la celda y Zimmerman deslizó su placa. La puerta se abrió; Dorian entró mientras la doctora esperó fuera.

Tres lados de la celda estaban formados por muros sólidos. Una ventana de observación, que llegaba desde techo hasta el suelo y daba cara al pasillo, formaba las tres cuartas partes del lado restante y servía de entrada por la que había pasado Dorian. Había una sola cama a lo largo de la pared opuesta a la ventana y un baño en la esquina, a los pies de la cama.

Las brillantes luces del techo revelaban una serie de símbolos que se habían dibujado en las paredes blancas. Al principio no parecían tener sentido, pero, cuanto más los observaba Dorian, más convencido estaba de que tenían que representar un idioma primitivo a base de pictogramas. Parecían seguir un patrón, un orden secuencial; había pequeños elementos que aparecían en lugares y luego se repetían, aunque Dorian no reconocía los símbolos. Solo uno de ellos era en cierto modo identificable. Era el más grande, y dominaba la mayor parte de la pared que estaba sobre la cama de Benz: una figura en pie, con varias extremidades y un aspecto similar a los protoss. La ilustración, como las demás, se había dibujado en una variedad de sombras carmesí.

Benz llevaba un mono blanco que le quedaba fatal. Permanecía encorvado junto a la cabecera de la cama, en la pared opuesta a donde se encontraba Dorian. Desde la posición en la que estaba el Comandante solo podía ver la espalda del viejo, que hacía algo en la pared, probablemente retocando parte de su caótica composición.

—Profesor Benz —dijo Dorian. El hombre no respondió. Por el movimiento de su hombro derecho, parecía que el profesor se había colocado la mano en la cara y luego la había vuelto a posar sobre el muro.

—¡Profesor! —gritó Dorian.

El hombre se giró lo suficiente para ver al Comandante. Tenía las mejillas llenas de cicatrices encostradas de arañazos. Los grandes ojos se le habían hundido en las cuencas. Su rostro y, en general, su figura eran escuálidos, y su pequeño mentón y la parte frontal de su mono estaban manchados de rojo. Benz se llevó un dedo igualmente impregnado de rojo a la boca, lo removió y luego extrajo el pincel improvisado para seguir pintando.

Dorian bajó la vista a los pies del profesor y vio dos dientes; constató con repugnancia que el viejo estaba usando la sangre de sus propias cavidades como una tinta macabra. Recordó cuando Zimmerman antes había descrito el estado del técnico como «extremo». *Sí, es una forma de decirlo.*

Dorian caminó y se colocó junto a Benz, que estaba incorporando un inescrutable rasgo a su última imagen. Como estaba arremangado, el Comandante vio que los brazos del profesor estaban arañados y mostraban heridas similares a las del rostro.

—Profesor, quiero hacerle unas preguntas —dijo Dorian. Miró por encima del hombro a la ventana de observación, donde se encontraba Zimmerman. Si intentaba parecer imperturbable, estaba fracasando estrepitosamente, ya que sus ojos se movían de un extremo de la habitación al otro.

—Su sombra —comenzó el hombre— se alarga.

—Sí, lo sé —dijo Dorian, dándose la vuelta—. Lo dijo antes. ¿La sombra de quién? ¿Alguien le ha obligado a... hacer lo que ha hecho?

Benz continuó con un gruñido afónico, ceceando por la ausencia de dientes, uno de los cuales era el incisivo frontal superior. Dorian tuvo que aguzar el oído para descifrar las palabras del viejo.

—El Eterno... lo ve todo. La obediencia será recompensada. La resistencia... castigada.

—¿Quién es El Eterno? —presionó Dorian, acercándose.

Benz detuvo su labor. Se alejó de la pared, dio un pequeño paso, se inclinó sobre la cama y deslizó los dedos respetuosamente sobre la representación de la extraña forma de vida.

—Su mensajero.

Dorian observó la tosca representación.

—¿Ese es su mensajero? ¿El mensajero de El Eterno?

—Yo... obedezco —dijo Benz al ídolo, una y otra vez—. Obedezco. Obedezco. Obedezco...

Un agudo golpe en la ventana de observación sobresaltó a Dorian. Observó a una ceñuda Zimmerman, que giraba la mano con rapidez en la muñeca, llamando apresuradamente al Comandante. Dorian asintió. Sí, cuanto más tiempo se quedaran allí, mayor era el riesgo de que los sorprendieran.

Dorian caminó hacia la puerta, echando una última mirada a la deidad dibujada con sangre, o al mensajero, o a lo que quiera que fuese... y a su servil devoto.

Zimmerman sudaba cuando salieron. Sus ojos frenéticos miraban en todas direcciones. Ella y Dorian habían avanzado por el camino por el que habían entrado sin incidentes, y estaban a unos pocos metros del Almacén B cuando un agudo sonido hizo que ambos se detuvieran.

Era el transmisor de Zimmerman. La doctora y el Comandante intercambiaron miradas. Zimmerman dudaba si responder o no. Tomando un profundo respiro, retiró el dispositivo de su bolsillo, pulsó un botón y dijo con voz temblorosa: «Aquí Zimmerman».

Dorian oyó algo al otro extremo. Sea lo que fuere, parecía urgente.

—Sí, señor —dijo Zimmerman, y finalizó la llamada. Se giró hacia el Comandante.

—Hay una emergencia en la sala de limpieza. Luego te cuento.

Zimmerman intercambió el transmisor de su bolsillo por una mano temblorosa y se alejó a toda prisa.

* * *

Quince minutos después, cuando Dorian se encontró con Bekkins en el exterior del Almacén B, tenía mejor aspecto. Aun así, no quería arriesgarse a una recaída.

—Bek, puedes irte. Te doy el relevo —dijo él.

Había arañazos que habían empezado a cicatrizar en el dorso de las manos de la Sargento. Pero su cara estaba despejada y sus ojos resplandecían.

—¿Seguro? —preguntó ella.

—Sí, ve a descansar un poco.

—Entendido —contestó Bek y, a continuación, se fue.

El tiempo discurrió muy despacio durante la primera hora. No había nadie en el pasillo. Dorian se descubrió mirando una y otra vez hacia la puerta del almacén, pensando en Spanneti, allí dentro, perdido en la reliquia.

Cuando no estaba mirando a la puerta, Dorian pensaba en cuál debería ser su siguiente movimiento. Estaba preocupado por su equipo, sobre todo después de la conversación que había tenido con Benz, si se la podía llamar así. Al principio, el dolor de cabeza de Dorian había empeorado, pero después de la primera hora empezó a remitir. Cuanto más tiempo pasaba, más en paz se sentía. No tardó en recostarse sobre el muro que había junto a la puerta, con la cabeza inclinada. Se le cerraron los ojos. Se dio cuenta de que estaba dando cabezadas y comenzó a caminar. Pero no tardó mucho en bajar el ritmo, detenerse, volverse a apoyar contra el muro, abotargado, con los párpados que se le cerraban...

Era como si su cuerpo estuviera en otro lugar. ¿Su... alma? ¿Espíritu? Fuera lo que fuera, estaba flotando. Se sentía calmado, contento, libre de todo dolor. El vacío no era más que la ausencia de todo lo demás. No había nada. Pero había una voz, que emanaba de ningún sitio y de todas partes a la vez.

—Ha comenzado la cuenta atrás. Eres uno de los Elegidos.

La voz parecía resonar por todo su ser.

—Elegido, ¿para qué? —preguntó.

—Servidores. Servidores del Eterno —contestó la voz.

Y, entonces, se dio cuenta. Su entorno, la sensación de serenidad... Era todo ilusorio, una gran tomadura de pelo.

—Yo no sirvo a nadie —contestó Dorian.

—Obedecerás —replicó la voz. Era más imperativa y, aun así, tenía algo de tranquilizadora.

—No qué que pretendes, pero no va a funcionar —contestó Dorian —. Sería mejor que desistieras. Te he calado. ¿Me escuchas? Aléjate de mí y de mi equipo. Si no lo haces, iré a por ti y acabaré contigo. Recuerda mis palabras, alienígena de...

|||||||||||||||||||||||||||||||||||||||||...

El chillido fue como si un cuchillo al rojo vivo atravesara el centro de su cerebro y lo abrasara. Se dobló sobre sí mismo, cerró los ojos con fuerza y se tapó los oídos con las manos, pero todo aquello solo pareció empeorarlo, porque aquel alarido estaba *dentro* de su cabeza.

Después de todo un minuto, el sonido se detuvo. El dolor de cabeza de Dorian retornó, como una venganza. Abrió los ojos lentamente, convencido de que vería el pasillo del exterior del Almacén B.

Pero no fue así. Estaba *dentro* del almacén. La reliquia flotó sobre su pedestal, como si fuera una marca negra en la mismísima realidad, una herida abierta en el tiempo y el espacio. El Comandante se imaginó cómo habría aparecido desde el exterior, hacía unos segundos, para quedar ante la losa, sin sentido, exactamente igual que le había pasado a Spanneti.

Dorian se frotó las sienes mientras caminaba hacia la puerta. Quería informar a Zimmerman de la emergencia en la sala blanca antes de hablar con el resto del equipo de lo que acababa de pasarle.

Además... iba a necesitar más de su cóctel especial de drogas.

* * *

En cuestión de minutos, Dorian estaba en el Barracón de Oficiales C, delante de la puerta de Zimmerman. Pulsó el botón de llamada.

No hubo respuesta.

El Comandante estaba aún en su equipo táctico. La voz del teniente coronel Sparks llegó por el canal seguro del equipo de comunicaciones.

—Comandante Dorian, aquí Sparks. Llevo la última hora intentando localizar a la teniente Zimmerman.

—¿Acaso sabía el TC que estaba justo delante de su puerta?

—Yo... Llevo algún tiempo sin verla, señor.

—Si lo haces, ponte en contacto conmigo de inmediato. Sparks terminó la transmisión. Dorian extrajo el dispositivo y marcó el número de la médico...

Un gorjeo, apagado pero audible, se escuchó al otro lado de la puerta de Zimmerman.

Debía de estar en la ducha... Pero Sparks llevaba una hora intentando localizarla. Era una ducha muy larga.

El personal de seguridad tenía un código maestro para abrir todas las puertas de los barracones, para casos de emergencia. Teniendo en cuenta los sucesos recientes, el Comandante creyó que usarlo estaba justificado. Pulso el código en el panel que había al lado de la puerta y esta se abrió al instante.

Dorian entró en la habitación. Zimmerman estaba tumbada en su catre, vestida con unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Tenía los labios azules y la piel de un fantasmal color blanco. La boca y los labios estaban completamente abiertos. La parte inferior de las piernas, donde los pantalones cortos no ocultaban la piel, era de color púrpura. Tenía la mano izquierda a un lado y la derecha extendida, de manera que quedaba suspendida a un lado del colchón. Un corte muy preciso recorría la parte interior de la muñeca. Las sábanas que había bajo su cuerpo, así como buena parte del suelo metálico, estaban teñidas con el rojo de su sangre.

El Comandante corrió hacia ella y le puso los dedos en el cuello. No tenía pulso. Comenzó a realizar compresiones en el pecho, pero en el fondo sabía que era inútil. Era evidente que llevaba muerta demasiado tiempo. A pesar de ello, siguió insistiendo durante varios minutos, hasta que sus brazos le traicionaron. Se arrodilló, sollozando, con un torrente de pensamientos que le atormentaban. ¿Se había hecho esto a sí misma? ¿Había sido otra persona? Si lo había hecho ella, ¿por qué?

Miró hacia arriba y vio que las puntas de sus dos primeros dedos estaban cubiertas de sangre. La imagen le recordó al profesor Benz...

Dorian se dio la vuelta y miró a la pared que había enfrente del catre.

En ella había dos palabras escritas, repetidas una y otra vez. Eran letras rojas sobre la superficie blanca:

NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ. NO OBEDECERÉ...

* * *

—No me puedo creer que esté muerta.

Bekkins estaba cansada, eso era evidente. También estaba atónita. Todos lo estaban, excepto puede que Cranston. El equipo se había reunido en la habitación de Dorian y era obvio por el silencio y sus miradas vacías, perdidas, que no se podían creer lo que estaba pasando. El único que no parecía demasiado afectado era, cómo no, Cranston. Miró a Dorian con expectación, como un perro que espera a que su amo lance la pelota.

—¿Qué ha dicho Sparks? —quiso saber Bek.

—Aún no he informado —contestó Dorian. En respuesta ante las caras horrorizadas que tenía ante sí, añadió: —Creo que Moebius tiene a un xeno en el Ala Negra del Sector Seis... Y creo que se ha estado colando en nuestras cabezas. Nos hace sentir como una mierda, nos hace ver y escuchar cosas... Nos está intentando volver locos para poder controlarnos.

Spanneti asintió. Bek permaneció imperturbable. Hopper desvió la mirada. Cranston sonrió. Dorian continuó.

—También sospecho que ha estado usando la reliquia que recuperamos... como una especie de amplificador.

—Podría tener razón, señor —dijo Spanneti. —Tiene sentido.

Dorian continuó: —No he informado a Zimmerman por dos razones. No sé si el xeno ha invadido a alguien más y, si lo ha hecho, hasta dónde ha llegado en la cadena de mando. Sparks no parecía especialmente motivado para realizar una investigación seria sobre la crisis del profesor Benz...

—¿Crees que el xeno ha invadido a Sparks? —dijo Hopper.

—No lo sé —admitió Dorian—. Puede que nuestro antiguo comandante, Braxton... no me tuviera mucho aprecio, pero creo que nos escucharía. Por desgracia, no puedo ponerme en contacto directo con él. Sparks mencionó que estaba en una operación encubierta.

—Bueno... Pues vayamos más arriba —insistió Hopper.

—¿Quieres decir, *por los canales apropiados*? —replicó Bekkins con acidez—. ¿Sabes el tiempo que supondría?

—Tiene razón —confirmó Dorian—. Incluso si pudiéramos puentear a Sparks, ¿cuántos más morirían en ese tiempo?

—Cierto —gruñó Spanneti—. Tenemos que hacernos con la reliquia y sacarla de aquí, o esconderla en alguna parte...

—No tocaremos la reliquia —contestó Dorian—; si lo hacemos, el xeno sabrá que tramamos algo.

—Dijiste que tenías dos razones por las que no habías informado a Zimmerman —señaló Bekkins—. ¿Cuál es la segunda?

—Ganarme algo de tiempo. Y aquí quiero recalcar el *me*. No para vosotros, muchachos. Lo que planeo hacer va contra todas las reglas del código y podría acabar en un consejo de guerra. O puede que peor. Diablos, podría acabar muerto. Pero si tengo razón... salvaría un montón de vidas y evitaría que el alienígena hiciera lo que sea que planea. Así que, para mí, vale la pena. Dorian dejó que sus ojos recorrieran los rostros que tenía ante él y dijo: —Lo que planeo hacer... es matar al hijo de perra.

* * *

El Comandante no había esperado que el equipo se implicara en su plan. No quería que compartieran el riesgo. Pero Zimmerman, a pesar de ser una bocazas peor que un dolor de muelas, les había salvado la vida a *todos* en algún momento. Cada uno de ellos había compartido los remordimientos que sentían por no haber podido salvar la suya y habían jurado vengarse de la cosa que se la había arrebatado.

Así que, al final, todos se implicaron. Incluso Hopper. Y no aceptaron un no por respuesta... Aunque al principio hubo algo de confusión con el plan de Dorian.

No iba a ser sencillo infiltrarse en el Sector Seis. Era posible que hubiera defensas automatizadas. Y podrían encontrar resistencia humana. Las torretas automáticas no les preocupaban, pero ¿y las vidas inocentes?

—Usaremos munición no letal —dijo el comandante—. Les dejaremos fuera de combate. Es la misma estrategia que usamos cuando hay disturbios.

Había habido ocasiones en las que la población nativa se había rebelado contra los intentos de Moebius Corps de recuperar artículos importantes. En los casos en los que la población local no usaba fuerza letal, Moebius usaba medidas menos extremas. La estrategia de dejar fuera de combate consistía en anular el sistema nervioso central y dejaba al objetivo inconsciente durante un periodo de veinte a cuarenta y cinco minutos.

Una vez que todo el equipo tuvo claro lo que se iba a hacer, tomaron dosis del mejunje de Zimmerman y se hicieron con la munición adecuada, en el arsenal. Después de eso, había que prepararse contra otro elemento del sector de seguridad: las cámaras.

Gracias a la asociación de Zimmerman con Watkins —y la visita a Benz—, Dorian conocía el horario del personal de seguridad. La hora de la cena en la cantina era justo antes de que Watkins tuviera que comenzar su turno. Antes de salir de la habitación de Zimmerman, el Comandante se había hecho con unos sedantes. Lo que no sabía era la potencia de la dosis necesaria ni cuánto tiempo tardaría en hacer efecto la droga. Una vez que pudieron investigar esas cuestiones y llegar a una conclusión, no fue difícil conseguir que Spanneti dejara caer su bandeja y causará la distracción necesaria para que Bekkins drogara la bebida de Watkins.

Dorian también contaba con que el cuerpo de Zimmerman no se encontrara antes de que él hubiera podido completar sus planes o, si ocurría lo contrario, que nadie se diera cuenta inmediatamente de que había desaparecido su tarjeta de acceso.

El Comandante había pensado en efectuar una evacuación de emergencia pero, por supuesto, eso habría atraído más atención de la que pretendía atraer y más rápido. Así que Dorian y su equipo entraron en el sector armados, con el equipo táctico completo. El plan era mantenerse en movimiento, con las armas enfundadas, y tranquilizar a cualquiera que pudiera hacer preguntas (y contar con que, en alguna parte, en una sala llena de monitores, Watkins estaría dando una cabezada en su silla).

Hasta el momento, todo iba bien.

Recorrieron las zonas exteriores de trabajo y el Ala Iso para dirigirse, con suerte, al núcleo del sector. Dorian sospechaba que podrían haber tomado otras rutas, pero lo mejor del Ala Iso es que parecía estar muy poco transitada. Después del encuentro de Dorian con Benz, entendía el porqué.

En el interior del ala, según se dirigían a la celda del profesor, pasaron al lado de algunas vacías. Pero antes de llegar allí, Dorian y su equipo descubrieron otra habitación ocupada...

En su interior había una mujer. Había despedazado zonas de su mono para mostrar una piel cortada y desgarrada. Algunas de las heridas eran recientes. Otras ya habían cicatrizado. Estaba decorando la pared de la misma extraña manera que Benz, cuando se giró y miró de reojo a Dorian. Su nariz plana y aplastada mostraba amplios regueros de sangre que surgían de sus orificios nasales para llegar a la boca y seguir hasta la barbilla, donde empezaron a gotear.

Su mirada vacía se fijó en él durante unos segundos antes de presionar un dedo contra la sangre de debajo de su nariz y volverse de nuevo para continuar con su desagradable pasatiempo. Usó el dedo para completar un símbolo esotérico. ¿Era esta la «emergencia» que había mencionado antes Zimmerman? Posiblemente. Pero ya no era importante.

Dorian explicó al equipo lo que había encontrado con Benz. Pasaron en silencio por la celda de la mujer y, al cabo de unos pocos pasos, el Comandante miró por la ventana de observación a la celda de Benz.

El mosaico de crípticos símbolos había aumentado hasta incluir la propia ventana. En la parte más a la derecha, cerca de la puerta, había algunos apelotonados, de manera que el cristal casi se volvía opaco. Las espirales y las rayas se reducían al ir hacia el lado izquierdo. El Comandante estaba perdido en uno de los extraños símbolos cuando la forma que había asumido que era Benz se lanzó contra el cristal y plantó una palma húmeda justo delante de la cara de Dorian. Retrocedió, mirando incrédulo a la grotesca figura que tenía ante él. El profesor se había arrancado casi todo el mono, junto con buena parte de su piel. Se apreciaban los músculos en la rasgada cara del anciano: ya casi no quedaba nada de la epidermis excepto por unas pocas tiras que colgaban de la nariz y el cuero cabelludo. Una de las orejas del profesor había desaparecido.

Sus fauces desdentadas pronunciaron una palabra, apenas lo suficientemente alta como para que Dorian la distinguiese. Obedezco. Obedezco. Obedezco...

Detrás del Comandante, el equipo reaccionó con exclamaciones de conmoción y horror. Dorian se alejó, miró al suelo y señaló al pelotón para que lo siguiera.

Más adelante, ya superada el Ala Iso y después de haber recorrido un pequeño laberinto de corredores, la tarjeta de Zimmerman les permitió acceder a una zona para cambiarse. En el otro extremo del suelo había una compuerta estanca. En el lado derecho había colgada una fila de trajes de protección, pensados para proteger desde la cabeza a los pies.

Bekkins miró a Dorian y preguntó: —Supongo que nos tenemos que poner eso antes de continuar, ¿no?

—Sí —contestó el Comandante para, a continuación, girarse hacia los demás. —Muy bien, poned los trajes, pero tened las armas preparadas.

El equipo siguió sus instrucciones. Dorian no estaba seguro de hasta dónde les permitiría llegar la tarjeta de Zimmerman, pero fue suficiente para abrir la primera compuerta y la segunda.

El siguiente espacio que encontraron fue una enorme sala blanca despejada. Unos ventiladores enormes regulaban el aire desde un techo que estaba a una altura de dos pisos. Había técnicos que trabajan con denuedo en estaciones dedicadas a experimentación biorgánica, al menos por lo que Dorian podía distinguir. Había organismos (y partes de organismos) que el Comandante no reconocía junto a otros que sí: varios trozos de zerg estaban enganchados a tubos y monitores, algunos eran diseccionados por brazos robóticos en cápsulas protectoras mientras que otros estaban sumergidos en grandes tanques llenos de un líquido transparente. En la pared que había a lo lejos, a su izquierda, había toda una sala de observación, de la mitad de longitud de la sala blanca, y que parecía reservada en exclusiva para la biomateria, esa alfombra orgánica y viviente que usaban los zerg como fuente de nutrientes. Cubría diferentes partes del cristal y, por lo que Dorian podía ver del interior de la sala, la biomateria se había extendido por las paredes. El denso cieno emitía pulsaciones de una luz suave, de manera que todo el recinto tenía un sobrenatural brillo púrpura.

«¿Sería esa el Ala Negra?» Dorian creía que no. No había señales de ningún cuerpo xeno completo que no estuviera claramente muerto. Al mirar al otro lado de la sala, el Comandante pudo ver otra compuerta.

La mayoría de los técnicos estaban concentrados en su trabajo. Un par de ellos se dieron cuenta de la presencia del equipo y se detuvieron, pero no dijeron nada. Dorian estaba a diez metros de la siguiente compuerta cuando sus oídos distinguieron una voz familiar. El hombre que estaba a la izquierda del Comandante, con las manos en las caderas, gritaba a través de la máscara de su traje a un azorado técnico. Era Sparks y Dorian se fijó en la pistola que llevaba fijada a su pierna derecha, por fuera del traje.

Al acabar la diatriba, Sparks se giró y dio dos pasos antes de pararse en seco y quedarse mirando a Dorian y al resto del Escuadrón Brutal. Los ojos del TC se fijaron en las armas que llevaban. Dorian dio un paso hacia Sparks, con el brazo izquierdo levantado, enseñando la palma, pero la mano de Sparks ya había sacado la pistola de funda.

—Soltad las armas —gritó Sparks, mientras levantaba la suya.

Dorian se lanzó hacia adelante para agarrar la muñeca derecha del TC. Sparks levantó esa mano y disparó una vez hacia los ventiladores que había encima.

Entonces comenzaron los gritos. El Comandante se dio cuenta, vagamente, de la estampida que se produjo en dirección a la compuerta por la que habían entrado. Entonces hubo disparos que Dorian supuso que provenían de las armas de sus hombres, que disparaban munición no letal para evitar que los trabajadores escaparan y dieran la alarma. Pero era algo de lo que apenas era consciente, estaba peleando con Sparks. El TC tenía una mano en la muñeca de Dorian e intentaba arrebatarle el arma. Era un toma y daca, una competición de fuerza que acercaba a ambos hombres hacia la estación de trabajo en la que había estado el TC. Sparks era fuerte para su edad y no cedía. En varias ocasiones lanzó un rodillazo para obligar a Dorian a doblarse sobre sí mismo. El Comandante contestó con un golpe en la zona dorsal y, por último, con una patada frontal que dio al TC en toda la barriga.

Sparks se tambaleó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra un tanque cilíndrico que contenía lo que podría haber sido una cría zerg. El TC se cayó de lado mientras el cristal agrietado que tenía encima vertía un líquido amarillento sobre su traje. El recipiente cedió un segundo después y vertió el resto del fluido junto con un xeno muerto encima del oficial. Con una maldición, Sparks arrojó al zerg a un lado mientras Dorian levantaba su arma y le disparaba con la munición incapacitante. El TC gruñó ante el impacto, se agitó durante unos segundos y quedó inmóvil.

Después de recuperar el aliento, Dorian se fijó en el suelo de la estancia. Había varios cuerpos con trajes especiales de la sala blanca en el suelo, repartidos en el camino que llevaba hacia la compuerta de salida. Pero había algo que no encajaba, para nada: el carmesí brillaba con fuerza en las ropas blancas y formaba charcos en las baldosas.

Muertos. Los trabajadores estaban muertos.

El equipo estaba de pie entre los cadáveres, mirando a los cuerpos y luego a Dorian mientras se acercaba tambaleando. Se quitó la máscara.

—Pero ¿cómo...?

—Ha sido Cranston, señor.

La voz era la de Bek, que se había quitado la máscara.

—Perdió la razón y se puso a disparar con munición real—. Señaló con su arma a uno de los caídos. A través del visor de la máscara, el Comandante pudo distinguir a Cranston, que sangraba por múltiples heridas.

—Tuvimos que cambiar los cargadores y acabar con él antes de que se volviera contra nosotros.

A Dorian, la cabeza le bullía. El palpitante dolor se abrió paso e hizo trizas sus pensamientos. Los demás miembros del equipo también se habían quitado las máscaras.

—Algunos trabajadores consiguieron escapar, señor —dijo Spanneti. —¿Quieres que los persigamos?

«¿Cuántos muertos?» Dorian examinó la matanza: ocho cuerpos, incluyendo el de Cranston. «No debería haber pasado... »

—¿Señor? dijo Spanneti.

Al final, el Comandante sacudió la cabeza.

—¡No! No... Tenemos que seguir adelante.

Dorian se arrancó el traje en su camino hacia la siguiente compuerta estanca. Intentó usar la tarjeta de Zimmerman, pero no funcionó. Entonces se fijó en el panel biométrico.

Spanneti y Dorian arrastraron a Sparks, aún inconsciente, hasta el lector retinal. Lo alzaron, le abrieron los párpados y esperaron durante unos tensos segundos... Para recibir con alivio la luz verde.

La puerta se abrió. Una vez que el Comandante y su equipo la cruzaron, habría que repetir el proceso para abrir la siguiente puerta. Al terminar, por fin entraron en el Ala Negra.

* * *

El nombre de Ala Negra tenía todo el sentido del mundo. Todo estaba construido a partir de un metal negro, pulido. Unas luces azules pulsantes iluminaban los puntos de unión entre las paredes, el techo y el suelo. El pasillo se extendía en ambos sentidos. Ante Dorian había una estructura semicircular, sin puerta aparente.

Tenía el estómago revuelto. No conseguía apartar de su mente la imagen de los técnicos cubiertos de sangre. No estaba bien. No debería haber sido así.

Sonó una alarma. Uno de los técnicos que había huido debía de haber avisado de la incursión. En el suelo y las paredes se abrieron unos paneles de los que emergieron torretas automáticas. Spanneti, que estaba al lado de Dorian, puso una rodilla en tierra y disparó dos veces. Liberó el cargador y dirigió la mano al muslo para coger el siguiente. Lo encajó y siguió disparando...

Aquellos cadáveres no deberían haber estado ahí. Nada encajaba. Había algo en todo aquello que no tenía sentido...

Los disparos retumbaban por los pasillos, reverberando en las paredes. Dorian se giró. Era como si se moviera a cámara lenta. En el corredor de su izquierda... estaba Zimmerman. ¿Zimmerman? Le miraba con intensidad. Su piel era pálida, recorrida por venas... azules. Como sus labios. Su postura rígida contradecía la fluidez de sus movimientos al girarse y entrar en el pasillo.

El martilleo en la cabeza de Dorian se hizo más fuerte. No encajaba, no podía ser.

Dorian la siguió, acelerando el paso para intentar atrapar a la médico. Más adentro, las paredes se curvaban. Dorian recorrió la curva y vio a Zimmerman entrar en un pasillo a su derecha.

«Tuvimos que cambiar los cargadores...»

El Comandante llegó a un pequeño pasadizo. Zimmerman estaba de pie al final, de espaldas a una pared negra, plana, curvada. Retrocedió, lo que hizo que entrase y cruzase la barrera.

Dorian se tambaleó hacia delante. Las imágenes se sucedían en su mente latiente: las víctimas esparcidas, ensangrentadas; el equipo, de pie con sus trajes de sala blanca, que miraba hacia abajo; Spanneti, que liberaba el cargador y lo reemplazaba por uno del bolsillo de su muslo; Cranston, con esa sonrisa inocente e inconsciente tan suya...

El Comandante alargó la mano y tocó una pared sólida. Escuchó varios pasos tras él. Hopper, Bekkins y Spanneti estaban allí cuando se giró. Lo miraban con atención. Dorian devolvió la mirada y sacudió la cabeza.

—No pudisteis haber cambiado los cargadores —dijo—. Los cargadores con la munición real tendrían que haber estado... Deberían haber estado en los bolsillos de almacenamiento. Para llegar a ellos, tendríais que haberos quitado los trajes.

—Tranquilo, señor —dijo Bekkins. —Es posible que tenga la mente algo confusa.

Los tres se estaban acercando. Bloqueaban la salida. Lo miraban cautelosos.

—Habéis cargado munición real desde el principio.

La mano de Dorian se tensó en su arma.

—Y Cranston... Tuvo que... Tuvo que ser el único que *no* se puso a matar a los técnicos. Porque el xeno no podía llegar hasta él... Debido a todas las veces que le habían borrado la mente...

—Ahora todo está bien —dijo Spanneti—. Hemos llegado al final. Todo irá bien.

Dorian alzo su fusil. —Bajad las armas —dijo.

—Señor, no tiene sentido luchar —dijo Hopper—. Lo intentamos.

—Si tengo que acabar con vosotros, lo haré —dijo el Comandante mientras les apuntaba con el arma. Se escuchó un sonido suave, como de algo denso resbalando en una pista, detrás de él. Dorian sintió una ligera brisa en la nuca mientras un brillo cálido iluminaba las decididas caras de sus compañeros de equipo.

—Yo lo haré... Yo...

Dorian se dio la vuelta y los ojos miraron hacia arriba. Allí estaba el xeno, de pie en la puerta. Se parecía mucho al dibujo de la pared de Benz: una mezcla de anatomía protoss y zerg, con una cara delgada, un gran caparazón en la cabeza, placas segmentadas sobre extremidades alargadas y unas garras negras enormes. Era imponente, gigantesco, una presencia dominante, extraña, única y completamente alienígena. Y sus ojos... Aquellos ojos le recordaban mucho a Dorian a la superficie negra de la reliquia. Un vacío enorme, inconmensurable, se escondía detrás de esos orbes y Dorian sintió como si se cayera en ellos, se perdiera en aquellos ojos.

—Yo...

Solo existía el abismo. Solo existía la sombra de El Eterno, que se extendía por el olvido. Aquellos elegidos para estar ante él eran los afortunados. Estaban los xenos, los híbridos, los mensajeros que cumplían con la voluntad de El Eterno. Y estaban los Elegidos... Ellos servirían.

Dorian se giró hacia sus compañeros. Los miró con unos ojos idénticos a los orbes negros del híbrido. Y una voz que ya no era la suya dijo:

—Obedezco.